

CAPITULO LIII.

Nuevos indicios de la traicion de Alonso Velez.

En medio de la sierra, cubierta por los árboles, halló Ojeda una humilde choza y entró en ella á descansar.

Un indio estaba allí.

Le cogieron de improviso, y en presencia de los españoles no pudo ménos de estremecerse.

Miró en torno suyo recelosamente y en sus ojos se manifestó el deseo de buscar una salida para escaparse.

Pero Diego que acompañaba á Ojeda:

—Detente, le dijo, no venimos á hacerte daño, nos envía aquí nuestro amo el almirante de Castilla, que solo ha venido á esta isla á hacer bien á todo el mundo, á derramar á manos llenas los tesoros que de su patria trae para vosotros.

—Lo mismo decia él, exclamó el indio con temblorosa voz, y sin embargo, yo le abrí mi casa, yo le dí todo el oro que tenia y me pagó con la más negra ingratitud.

—¿De quién hablas?

—Del extranjero.

—¿Tú has visto á un extranjero?

—Sí; vino aquí, nuestro cacique Caonabo le protegía. Yo le habia conocido mucho tiempo ántes, una noche le libré de la muerte.

Sin conocer el peligro que hay en dormir bajo la sombra del manzanillero, se guareció en uno de los árboles para pa-

sar la noche, y hubiera muerto si yo no le hubiera sacado de allí y no le hubiera hecho respirar aire puro.

Ojeda asistia á aquella conversacion sin poder explicársela.

Pero Diego, á quien habian inspirado el mayor interes las palabras de su compatriota y que creia hallar en ellas la explicacion de una gran parte del misterio que envolvia la muerte de los españoles, continuó hablándole y ofreció á Ojeda enterarle despues de su conversacion.

—¿Dices que un extranjero á quien salvaste la vida se ha portado contigo indignamente? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Lo ignoro, pero estaba con ellos, con los que vinieron de lejanas tierras, desde el cielo, segun nos dijo Guacanajari, á defendernos de los caribes nuestros enemigos, á colmarnos de beneficios, á ser nuestros hermanos. ¡Oh! ¡si! yo lo creí, yo fuí hasta Marien á verlos, mis mujeres venian conmigo.

Nosotros estábamos allí, cuando desde aquellos inmensas moles de leño en que surcaban las ondas del mar dispararon el rayo y estremecieron la tierra con el sonido del trueno.

Yo creia que era bueno y generoso, por eso le salvé, pero hace pocos días que aquellos miserables llegaron hasta nuestros dominios, ultrajaron á nuestras esposas y quisieron apoderarse de nuestras riquezas.

El solo quedó vivo; Caonabo le protegía.

—El, prosiguió el indio, se habia acercado al cacique y le habia dicho «mis hermanos llegan y vienen á apoderarse de tus bienes, á saquear tus minas; sal á su encuentro, lidia con ellos, que son pocos y débiles, yo te ayudaré y cuando les hayas vencido, en premio de este favor me admitirás en tu compañía, seré tu consejero, tu amigo.»

Caonabo le creyó, gracias á él pudo llegar hasta donde estaban los extranjeros, caer sobre ellos y destruirlos ántes de que pudieran esgrimir sus macanas.

—¿Y tú no sabes quién es ese hombre?

—No; nosotros le llamamos Turcy, ó hijo del sol. Mientras que los indios peleaban, él corrió al lado de Anacaona, y con falsos halagos hacía ella y hacía su hija Higuamota, se captó su voluntad y su aprecio.

Pero un día, un día llegó hasta aquí.

La más querida de mis esposas estaba sola.

El infame fijó sus ojos en ella, y la aprisionó en sus brazos.

¡Ah! si yo le hubiera visto, si yo le hubiera hallado, la más envenenada de mis flechas hubiera traspasado su corazón.

Ailabi, la más querida, la más adorada de mis mujeres, fue ultrajada por él y murió de dolor.

Yo le busqué, Caonabo le defendía; me quejé al cacique, le referí mi afrenta, la muerte de mi esposa.

Anacaona intercedió por él y quedó libre.

Con ellos está, él es el que fomenta la guerra contra vosotros; él es el que nos ha hecho rebelarnos contra todos los que tienen el poderío de la tierra, porque yo creo que son hijos del cielo los que traen embarcaciones tan gigantescas, rayos tan destructores, armas tan relucientes y tan mortíferas.

No pudo saber más Diego; pero si aquellas noticias no eran para él más que indicios, debían confirmar á Colon en la sospecha que habia despertado en su ánimo Isabel Montegudo.

Por el indio supieron que Caonabo estaba reuniendo un formidable ejército y tomaba las disposiciones necesarias para salir al encuentro de los europeos, para darles una batalla y destruirlos, como habia hecho con los demas.

A este fin habia reunido á todos los indios que vivian en las inmediaciones de la ciudad de Maguana.

Ojeda mandó á Diego que dijese al indio que el extranjero que les habia engañado sufriria un horrible castigo.

Creó que era sin duda alguno de los que habian quedado en la fortaleza de la Navidad, y deseaba comunicar aquella nueva á Colon, porque era muy fácil, ó apoderarse de él por la fuerza, ó prometiendo el perdón por la audacia, saber muchas noticias de los indios, conocer la verdadera actitud en que estaban y tener más elementos para vencerlos.

Con algunos fragmentos de oro que habia recogido en el camino, con algunas plantas y frutos raros que habian llamado su atención, dispuso regresar á la colonia y llegó en tres ó cuatro días, precisamente al mismo tiempo que regresaba Gorbalan de su expedición, en la cual habia hallado tambien frutos raros y partículas de oro, pero no llevaba las noticias que Ojeda.

No habia duda para Colon, despues de saber la conversacion que habia tenido Diego, su intérprete, con el indio de la cabaña, de que si Alonso Velez vivia aún, era el más poderoso enemigo.

Pero las nuevas que le llevaron de los terrenos que habian descubierto, alegraron algun tanto á Colon y sirvieron para reanimar á sus tristes y abatidos compañeros.

—No hay duda, exclamó el almirante, ricos tesoros encierra el Cibao en sus entrañas. Tarde ó temprano serán nuestros, y podremos realizar nuestras esperanzas y las que los reyes nuestros señores han concebido al disponer la expedición.

—Yo mismo iré en persona, añadió, en cuanto pueda, á esas montañas y buscaré el sitio más á propósito para que podamos explotar las minas y defendernos de las invasiones de los indios si acaso nos acometen.